

ENCUENTROS EN VERINES 1992

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

LOS CUERPOS PRESENTES: DEL VIVIR Y EL HABLAR

Luisa Castro

La palabra es fugaz, sólo podemos fijar lo que decimos y oímos por medio de la escritura y la música. La literatura antigua se ha transmitido de unas generaciones a otras gracias a los ritmos y las melodías que sus creadores y transmisores han ido imponiendo para facilitar la tarea de la memoria. Esta fugacidad del hablar es semejante a la fugacidad del vivir. Mientras estamos hablando, improvisando y organizando a la vez, al tiempo que se avanza en el discurso vamos disipando las sombras de nuestro pensamiento, despejando la maleza del camino y viendo un poco de luz con cada frase mientras que las palabras que ya han sido dichas vuelven a quedarse en la niebla. Sólo nuestra voz por un momento las ilumina, pero inmediatamente vuelven a la sombra. Viven mientras se pronuncian, pero enseguida, tarde o temprano, pasan al olvido, se pierden.

Igual ocurre con el vivir. Mientras estamos viviendo cada instante es una obra de creación, y el conjunto una secuencia de improvisaciones para salvar obstáculos que se interponen en nuestras metas pero que acaban dirigiéndonos hacia otro lado. Aunque las sociedades están en sus comportamientos tan articuladas como el lenguaje nada las puede redimir de aquello que es consustancial a la vida: el movimiento. Vivimos porque nos movemos y en nuestro movimiento, más o menos pautado, vamos improvisando un camino que nunca se repite. Cada paso dado anula el anterior. Cada paso es necesariamente una aventura y un riesgo. Nada puede volver a suceder y nadie puede prever lo que sucederá. Nuestros pasos, nuestras acciones, iluminan por un instante una escena de la vida, pero en cuanto se da el siguiente paso, lo que ha ocurrido hace un instante, vuelve a la sombra.

La escritura viene a contrarrestar esa fugacidad del tiempo. Con la escritura se salvaguarda del olvido aquello que es importante para la tribu. Algo que es inasible –la voz-, y fugaz –las palabras-, pasa a ser material –el libro-, y duradero –la literatura.

La literatura es la más perfecta máquina del tiempo, ella tiende ese puente entre el pasado y el futuro, ilumina la niebla del antes y el después, pero ni en su proceso ni en su resultado se salva la escritura de aquello que es consustancial al hablar y al vivir: la improvisación y el movimiento; la espontaneidad y la creación. Así, escritura y habla, siendo dos cosas distintas porque su cometido es distinto, no se distinguen sin embargo en lo sustancial. Si quieren estar vivas, si pretenden comunicar, son hijas siempre del presente, del instante en que son dichas o escritas, son hijas de la inspiración y de la espontaneidad, porque no es otra cosa que inspiración el presente. Vivir es respirar, tomar aire y expulsarlo, devolver lo recibido, recibir lo dado. Y las palabras viven cuando respiran, cuando inspiran y espiran, cuando nacen con la exigencia y la libertad que las hace insustituibles. La inspiración es la capacidad de recibir; las palabras son siempre una respuesta, una devolución. Ése es el flujo de la vida.

Pero por algo la escritura es posterior al habla y nace de ella. Por esa misma razón la ley de la improvisación que rige el habla rige también la literatura. Nunca tiene fortuna un texto concebido desde el cliché intelectual, como no lo tienen las palabras redichas. Aun sabiendo que nos repetimos constantemente y que sólo reformulamos ideas antiguas, todos hemos tenido la experiencia de estar escuchando a alguien con el tedio de saber lo que va a decir a continuación y con la imposibilidad de prestarle más atención que la puramente teatral.

Nacen muertas las palabras redichas. Nace muerta la escritura resabiada. Todo lo que no es creación nace muerto, es pura mímica, pura repetición.

La buena literatura será siempre oral. Lo que distingue a la buena literatura de la mala es eso: su pulso creador, su espontaneidad, su peculiar modo de hundir la pluma en la niebla sorprendiéndonos a cada instante, abriéndonos un camino que estamos siempre lejos de prever o sospechar. No es el grado de elaboración sintáctica lo que consagra un texto literario y lo distingue del habla; no es su complejidad estilística lo que lo salva del tiempo sino la intensidad que les confiere el estar escritas <<en presente>>, en el puro presente donde se dan cita idea y lenguaje. Tan compleja y elaborada es la prosa de Borges como la

de Juan Rulfo, y ambos están a la misma distancia de la oralidad, del habla, los dos son grandes porque ensayan sin premeditación, crean por inspiración, dosificando en el juego toda la capacidad de sus pulmones y todas las existencias de su pensamiento, poniéndonos con sus palabras en contacto con la realidad, que es lo mismo que el misterio: proyectan luz donde estaba oscuro con más o menos nexos subordinantes, con distintos procedimientos de asociación, con distintas sensibilidades, pero ambos igualmente diestros en el divino oficio de existir y de tender puentes en el tiempo, no del pasado al futuro, sino de presente a presente.

Las bibliotecas están llenas de prosas alambicadas, pretendidamente literarias, cuyo destino es el polvo. De la misma manera nos abruman los textos de sintaxis simple y todavía más simples intenciones. La sintaxis no es un criterio para diferenciar un texto pobre de un texto valioso, la complejidad sintáctica no tiene por qué ser la señal de filiación de la escritura con el habla. De la misma manera que un poema sobre los amores de discoteca puede ser tan artificial y alejado de la <<realidad>> como el más delirante relato de ciencia-ficción. Eso que los sociólogos y los políticos llaman <<realidad>> en la literatura no existe. La realidad en la literatura es una percepción nueva e incontestable, es un descubrimiento, una iluminación. La realidad en literatura son unas palabras que se agarran al papel como alimañas y que van abriendo el camino de lo desconocido, explorando lo que intuíamos pero no acabábamos de saber. La realidad, en literatura, se crea. Tengo la impresión de que la realidad, en la vida, se crea también, nunca es producto de un plan.

Pero hay quien prefiere caminar con los focos en plena cara, cruzar por la vida y por la escritura como quien atraviesa un plató, aliviado por la claridad de la escena pero abrasado en su propia parrilla, cegado por la excesiva exposición a la luz, quemado como las actrices en las glamurosas fotos de Hollywood, con una bombilla de cien vatios encima de la cabeza, con el trayecto trazado de antemano, planeado y estudiado el recorrido que le lleva hacia el botín en vez de aventurarse en la niebla con una linterna en la mano, que no es otra cosa la vida y las palabras, aunque duren tan poco. El bolígrafo y el teclado, cuando son eso, las conservan.